

REFORMA SIGLO XXI

Rondalla

■ ■ J.R.M. Ávila*

Llegamos a México con la promesa de que nos presentaríamos en Bellas Artes y en otros espacios culturales. Para ese entonces ya teníamos varios premios en nuestro haber. Aún no grabábamos el disco, pero ya habíamos conseguido el primer lugar nacional de rondallas en Puebla. Desconocidos no éramos, pero con oírnos bastaba para apreciar la calidad con que interpretábamos la música y los arreglos.

Por eso, ya hospedados en el Continental, cuando llegó Héctor, nuestro enlace, y dijo que el día siguiente nos presentaríamos en un lugar apartado del centro histórico, me pareció extraño. Le recordé su promesa de que tocaríamos en eventos importantes, cerca del centro histórico y dijo que la gente de Bellas Artes primero quería oír qué tan bien tocábamos. ¡Ni madre!, le dije muy molesto, tú me prometiste Bellas Artes y a ver ahora cómo le haces. Me pidió que aguantara, que realmente nos querían escuchar. Lo atajé: Y si quieren oírnos, ¿por qué no nos oyen en Bellas Artes, ensayando? Contestó que deseaban oírnos frente a la gente. ¿Qué tal si a la hora de la hora nos poníamos nerviosos y tocábamos mal?

Ni me vencía ni me convencía con sus razones, pero ya estábamos ahí y ni modo de regresarnos a Zacatecas. Así que reuní a los compañeros, les dije cómo estaba la situación y ni chistaron. Era tanto el alboroto y se sentían tan bien de visitar la capital, que lo demás no les importaba. Bien podía haberles dicho que íbamos a tocar en una pulquería o en una cantina. Igual se alegrarían y celebrarían.

La tarde siguiente nos dirigimos al lugar donde nos presentaríamos. Era un hecho que no necesitaba animarlos, pero igual les dije: Esto hay que hacerlo con

profesionalismo; sabemos que no vamos a Bellas Artes y que el lugar deja mucho que desear. No importa, tomen en cuenta que la gente de Bellas Artes va a estar ahí. Tómenlo como una prueba. Si quieren de veras presentarse en un lugar que valga la pena, es ahora cuando vamos a ganarnos ese lugar. De cómo toquemos, depende si nos presentamos allá o no. Y en caso de que nada de eso se dé, como quiera hay que hacerlo bien. La gente que nos oiga, con sólo estar ahí, merece nuestro respeto. ¿Estamos? Eso les dije y en un grito unánime dijeron ¡Estamos! Y el entusiasmo fue creciendo, sostenido.

No les importó parar en una placita polvorienta. No les importó que apenas hubiera alumbrado. Hasta un triste aviso frente al kiosco de la colonia de nombre olvidado les emocionó:

PRESENTACIÓN DE LA RONDALLA
"PROVINCIA ROMÁNTICA" DE ZACATECAS

ÚNICO DÍA

NO FALTES

A los cinco minutos llegó una persona; a los diez, eran dos; a los quince, tres; a los veinte, cinco; a los veinticinco, ocho. Ya que vi más gente que integrantes de la rondalla, pensaba: Si empezamos con algo suave y se retiran, mejor suspendemos. Y decidí que no había que arriesgar y arrancamos con lo más conocido. Nadie se movió de su lugar hasta media canción, en que una muchacha muy bonita se dio media vuelta y se retiró. Lástima, pensé. Pero cuando entonábamos la segunda canción, reapareció con dos señoras y tres niños y, de ahí en adelante, aquello fue una fiesta. En toda la presentación no apartó sus ojos ni sus oídos de nosotros. Aplaudía llena de emoción como si le diéramos serenata a ella. Tocamos como si grabáramos un disco. No creo que hayamos cantado y tocado tan bien ni cuando ganamos el nacional en Puebla.

*Autor de los libros *Ave Fénix*, *Relámpagos que fueron* y *La Guerra Perdida*. Ha publicado en las revistas *Entorno*, *Política del Noreste* y *A Lápiz* de la UPN Unidad 19B de Guadalupe, N. L.; *Entorno Universitario* de la Preparatoria 16, *Reforma Siglo XXI* de la Preparatoria 3, *Polifonías* de la Preparatoria 9 y *Conciencia Libre*. Correo: jrmavila@yahoo.com.mx

Dudo mucho que en Bellas Artes hubieran aplaudido así a alguien. Aquello era Bellas Artes. Por Dios que sí. A media presentación me acordé de quienes iban a oírnos para saber si valía la pena presentarnos allá. Qué nervios ni qué nada. La rondalla le daba el veinte y las malas a la Rondalla de Saltillo, que para entonces era conocida y reconocida en todo el país. Seguro los habíamos impresionado sin proponérselo, porque lo único que nos interesaba era complacer a la gente de aquella plaza de cuyo nombre no puedo acordarme.

Al terminar la presentación, los vecinos corearon pidiendo otra. La tocamos y aplaudieron con más energía. Intentamos retirarnos, pero tuvimos que tocar tres últimas canciones. Como director de la rondalla, agradecí al público y desvié los aplausos hacia los muchachos. Hicimos tres caravanas y aplaudieron con exageración. Bajamos del kiosco y aplaudieron con entusiasmo. Parecía que nunca iban a dejarnos ir.

Una valla nos abrió paso hacia el autobús. Subimos y seguían los aplausos. Lo último que vi fue la mirada sonriente de la muchacha. La puerta se cerró detrás de mí y nunca más volvimos al lugar. Y al ver que ya adentro aplaudíamos nuestra propia actuación, el chofer buscó un lugar para estacionarse y aplaudió también. Después reanudó el viaje y con el claxon coreó dos veces lentas y tres rápidas. La gente volteaba y nos decía adiós.

Los muchachos empezaron a corear: Pa-se-o, pa-se-o. Me levanté y les dije que teníamos que cuidarnos, que ni desveladas ni bebidas hasta que nos presentáramos en Bellas Artes. El desánimo fue general, pero no cedí. ¿Cómo íbamos a tocar ahí cayéndonos de sueño y con la voz lastimada? Vencí, pero no convencí. A regañadientes bajaron del autobús y entraron al Continental. ¿Qué te cuesta, hombre?, me dijo uno de los muchachos más grandes, pero no cedí. ¿Cuándo tocamos en Bellas Artes?, preguntaron. No acerté sino a decir: Mañana vemos eso.

La verdad era que no había visto ni a nuestro contacto en la plaza. ¿Qué diablos había pasado? Por más que di vueltas al asunto no encontraba respuesta. Los muchachos allá en sus habitaciones armaban un escándalo de locos y no me di por enterado hasta que una persona del hotel tocó a la puerta y me pidió que hablara con los muchachos porque los demás inquilinos del hotel se quejaban del

ruido. De no controlarse, tendrían que negarnos el hospedaje a partir del siguiente día.

No discutí. Dije que no se preocupara, que lo iba a arreglar. Cité a los muchachos en mi habitación para diez minutos más tarde. Fueron puntuales. Les conté cómo estaba la situación y de la conveniencia de acatar el reglamento del hotel. Alguien dijo que tenía hambre. Les dije que, quien quisiera cenar, lo hiciera, pero regresara antes de una hora y sin escándalos, a lo cual asintieron.

El día siguiente paseamos por el Bosque de Chapultepec. Ahí nos alcanzó nuestro enlace. Le pregunté por qué no había ido a escucharnos. Se excusó con un asunto familiar. ¿Y los de Bellas Artes? Tampoco pudieron ir, pero mira, dijo, hoy se presentan ustedes en... ¡Ni madre!, lo interrumpí, ¡No vamos a andar mendigando hasta que unos pinches funcionarios chilangos se dignen a escucharnos! Estos cuates no tienen tiempo, dijo, están metidos hasta el tronco en el trabajo. Seguimos discutiendo hasta quedar embarcados en otra presentación.

No sé ni cómo se los dije. Casi el mismo discurso de la primera vez, se dejaron convencer. ¿Cómo no, si nos encantaba andar cantando y tocando por donde quiera? Así que aquella tarde a eso de las cinco nos presentamos en una plaza más bonita pero muy escondida, rodeada de calles y callejones. Y aunque no había kiosco sino un espacio con piso de cemento y con muchas sombras en la parte central, nos dispusimos a presentarnos. Íbamos en la cuarta canción cuando llegó nuestro contacto y solo. Desde ahí me equivoqué como nunca al tocar. El coraje no dejaba que encontrara las cuerdas apropiadas. El requinto no daba lo que yo quería. Los compañeros volteaban sorprendidos al darse cuenta de mis errores: ¿Qué te pasa? ¿Por qué te equivocas tanto? Hervía de coraje y no veía la hora de terminar con la farsa. Y todavía aguantar la plaza que ni por chica se llenó.

Cuando terminamos, enfrenté al contacto y le reclamé sin detenerme ante la rondalla: ¿De qué se trata, pues? ¿Nos quieres ver la cara o qué? ¿Dónde están tus funcionarios de Bellas Artes? Él se me quedaba viendo y abría la boca para defenderse, pero apenas le alcanzaba para tomar aliento. Y yo: ¡Dinos que no hay nada, que es puro cuento tuyo! ¿Qué pensaste, a estos me los manzaneó de plaza en plaza mientras se tragan el anzuelo de Bellas Artes? Y él: Déjame explicarte, hombre. Mira, la verdad es

que no se pudo conseguir el espacio, pero quedan las plazas. Y yo: ¡Métete tus plazas por donde te quepan: nosotros nos regresamos a Zacatecas! Y él: No seas tonto, hombre. Y yo: Precisamente porque no soy tonto, nos vamos.

Me di la vuelta y les dije a los muchachos: ¡Todos al autobús! Nadie supo qué decir. Tantos preparativos para que de improviso decidiera que regresábamos a Zacatecas. El enlace les decía a los muchachos: No se vayan. Miren, hay muchos lugares dónde presentarse. Es más, ustedes escojan. Y donde digan, ahí se presentan. ¡Bellas Artes!, gritaron a coro varios muchachos. Y el contacto tratando de justificarse: Es que Bellas Artes no se puede, porque... No lo dejé terminar: ¡Vámonos! Y abordamos el autobús. El enlace dijo: ¡Se van a arrepentir! Y yo: De lo que nos vamos a arrepentir es de haber venido. Y el autobús arrancó.

Cuando todos estaban echando relajo en la recepción y la gente del hotel tronaba, se me acercó un hombre de mediana edad y dijo: ¿Usted es el que dirige al grupo? Cuando asentí dijo: No podemos permitir tanto escándalo. Los inquilinos se quejan del ruido que ustedes hacen y si siguen así tendremos que negarles el hospedaje para mañana. Yo, muy correcto: Puede estar tranquilo. Nos vamos ahora mismo. Él: Bueno, creo que no es para tanto. Con que no hagan escándalo. Yo: No se moleste, nos vamos de todas maneras. Y a los muchachos: ¡Al autobús todos! Con mucho desorden obedecieron, ante la mirada incrédula de aquel hombre, nada menos que el gerente, que dijo: ¿Y quién va a liquidar la cuenta? Me limité a entregarle una tarjeta con los datos del enlace y subí al autobús.

Los muchachos gritaban: ¡Vamos a Garibaldi! Yo, en silencio. Ellos: ¡Cena! ¡Cena! ¡Cena! Yo, en silencio. Ellos: ¡Chupe! ¡Chupe! Yo, callado. Ellos: ¡Garibaldi! ¡Garibaldi! ¡Cena! ¡Cena! ¡Cena! ¡Chupe! ¡Chupe! Yo terco en el silencio y lleno de coraje. Y así, por mucho rato. Hasta que ya casi al salir de México le pedí al chofer que se detuviera. Dejaron de corear y entonces me paré enfrente de ellos y les comuniqué que íbamos a detenernos más adelante para que compraran algo si traían hambre, pero que no nos detendríamos a cenar. Continuamos así hasta un supermercado. Volví de nuevo a hablar con ellos: Tienen quince minutos. Y no lo olviden: Hagan todo sin escándalo.

Claro que los quince minutos se convirtieron en media hora. Y más que comprar comida compraron bebida. Yo no quise apretarles más. ¿Cómo iba a negarles ese escape? Que bebieran, total, no pasaba de que se emborracharan. Y todo fue que se echaran los primeros tragos y corearan en son de burla: ¡Bellas Aaaaaartes! ¡Fraude! ¡Fraude! Iban a ser las siete de la noche apenas.

El viaje a Zacatecas duró menos de lo que tenía que durar, pero fue eterno y pesado para mí oír aquellas voces más borrachas cada vez, culpándome de todo. Aunque pretendí ignorarlas, el coraje por no tocar en Bellas Artes no me abandonaba. No los enfrenté ni les contesté ni nada por el estilo. Mejor le saqué plática al chofer, casi a gritos. Y él, viendo tan resentidos a los muchachos, hizo como que no oía, y se mostró molesto también, al grado de que conducía el autobús a toda velocidad. Cuando noté que nadie quería hablar conmigo, me quedé callado, cerré los ojos y me fingí dormido.

Eso no detuvo los gritos de reclamo, que de veras me dolían, porque si alguien había metido el hombro para que el viaje se realizara era yo. La resolución que decidí tomar aquella noche fue: Se acabó. Si no me quieren aquí, me voy. Adiós rondalla. Que busquen otro director y requinto. Para mí, se acabó. No puedes vivir sin dignidad. ¿Nada más porque nos llamábamos "Provincia Romántica" nos iban a ningunear? ¿Por provincianos? ¡Pinches chilangos que se creen soñados por Dios! A menos que sea en una pesadilla, no lo creería.

También en Zacatecas se hacían bien las cosas ya desde entonces. ¿Por qué nos íbamos a dejar ningunear? Claro, los muchachos no entendían. Para ellos no era más que un embaucador, pero dicho con malas palabras. Tal vez desde su punto de vista tenían razón, pero mi soberbia no dejaba ver muchas cosas.

Llegamos a Zacatecas a las dos de la mañana. Cuando empezaron a bajar del autobús, el relajo amainó, al grado de que los últimos muchachos ni siquiera me miraron. Poco a poco tomaron taxis en grupos o cada cual por su cuenta. El chofer dijo que sí quería me acercaba a la casa, pero me fui caminando con la maleta y el requinto desde catedral hasta allá. En ese tiempo casi no había alumbrado, pero ni pensé en el miedo. Hasta me daban ganas de que me saliera alguien enfrente y darle con el

requinto en la cabeza, para olvidarme de la música y cuanto la rodeaba, mas no pasó nada en mi camino. Abrí mi casa y nadie se dio cuenta de que había llegado. Mejor así. Lleno de odio contra el mundo, los chilangos y la rondalla, me dormí.

Entre sueños oí la voz de mi mamá negándome: No, él no está aquí. Anda en México, mientras una voz de muchacho decía: No, si yo también andaba allá, pero regresamos anoche. Déjeme verlo, necesito hablar con él. Entonces grité: ¡Qué pasa! Y vino mi mamá y me regañó: ¿Cómo es posible que hayas llegado y no avises? ¡Ándale, que ahí te buscan! Dejó entrar al que me buscaba, que dijo en medio del sofoco: ¡Vengo a darte las gracias, hermano! La verdad yo no sabía de qué me hablaba. Y él: ¿No has visto los noticieros? Y

yo: ¿Qué tienen los noticieros? Mi mamá encendió el radio y se oyeron voces de locutores asustados, diciendo mil barbaridades de un temblor en México. Y él: Nos salvamos, hermano, gracias a ti. Y yo: Tú estás loco. Y él: No, no estoy loco. Acabo de ver en la tele que se cayó por completo el Continental, donde estábamos alojados. Mi mamá se puso a llorar y a rezar dando gracias. Llegaron otros compañeros y lo mismo, diciendo que yo los había salvado. Y válgame Dios, si hasta parecía que me querían beatificar.

Muchos creen todavía que les salvé la vida y, aunque les recuerdo que tomé aquella decisión pensando en nuestra dignidad, me piden que no sea modesto. Terminó sonriendo. ¿Qué más puedo hacer?